

# EL CENTENARIO DEL ESCULTOR PORTUGUES SOARES DOS REIS

**P**ORTUGAL, el Portugal artístico, que tiene en el magnífico culto de su arte, más que el amor de una devoción, la robusta afirmación de una vida espiritual que frecuentemente se levanta en belleza y gloria, acaba de conmemorar una de las fechas de más interés de su secular vida artística: el centenario del nacimiento del glorioso escultor Antonio Soares dos Reis, el mayor entre cuantos algún día empuñaron con genio y belleza el cincel creador. En la escultura, que, en el decir preciso del gran escritor portugués Ramalho Ortigao, es «la expresión de arte que en Portugal describe la más completa y característica línea de evolución, sin interrupción, desde los primeros monumentos arquitectónicos medievales de la nacionalidad hasta nuestros días», Soares dos Reis, aunque habiendo tenido vida corta y hasta atribulada y llena de dificultades, ocupa un lugar del mayor relieve y prominencia.

Al lado de los grandes escultores, como Manuel Pereira, al que Polonio llamó «noble portugués e insigne escultor»; al lado de Boytaca, Juan de Ruao, de los Castilhos, que por los asuntos y temas de sus obras pueden bien clasificarse de portugueses; paralelamente a Machado de Castro, Manuel Dias, Antonio Pereira, José Joaquim Leitao y tantos otros de nombre glorioso, Soares dos Reis, todavía, destaca como príncipe de aureola refulgente y eterna. Por la universalidad, grandeza y belleza de su arte, él no es sólo de Portugal. Como ya se ha dicho, es de todas las tierras, de todas las latitudes, de todos los hemisferios en los que el arte tenga jurisdicción de primacía.

Al nacer Soares dos Reis, el 14 de octubre de 1847, la escultura portuguesa atravesaba una acentuada crisis de decadencia. Machado de Castro, el gran y glorioso maestro, había muerto un cuarto de siglo antes, en 1822, y se puede decir que no había dejado discípulos. Sería Soares dos Reis el continuador de su obra.

Nacido en Vila Nova de Gaia, tierra de regionalistas, trabajadores de barro y tallistas, tuvo el glorioso escultor como primer quehacer de su vida el empleo en la tienda de su padre—un honesto y hábil ebanista—de dependiente. Pero en breve revelaría su extraordinaria y, más que extraordinaria, genial vocación para el arte. Unos amigos del padre lo convencieron a relevarlo del trabajo en la tienda, en la que la familia ganaba su sustento, y a matricularlo en la Academia Portuense de Bellas Artes, creada once años antes. Teniendo por maestros al admirable dibujante Juan Correia y al escultor Manuel Fonseca, Soares dos Reis alcanzó muy pronto el primer lugar de su curso, que terminó con las más altas calificaciones. Ante la esplendorosa afirmación de tan genial

talento, apenas acabó el curso fué enviado a París pensionado, ingresando a los veinte años, en octubre de 1867, en la Ecole des Beaux Arts, en donde tuvo como profesores a Jouffroy, Cavalier, Yvon, Henri Taine, en Filosofía de Arte, y Henzey, en Arqueología. A pesar de luchar con las dificultades provenientes de varios órdenes, en seguida de ingresar Soares dos Reis alcanzó en aquel célebre centro de enseñanza artística un lugar de gran relieve, ocupando el primer puesto entre sus condiscípulos. Después, durante el tiempo que frecuentó el curso, alcanzó con facilidad una mención honorífica, tres medallas y un premio pecuniario.

La guerra francoprusiana del 1870 le obligó a abandonar Francia, y consecuentemente, a interrumpir el curso. Se dirigió entonces a Italia, en donde, bajo la dirección del gran escultor Julio Monteverdi, completó sus estudios.

En Roma modeló la célebre estatua «el Desterrado», la primera obra prima de la escultura del siglo XX, obra de gran artista doublé, de gran pensador, en la que, como ya se ha dicho, «la pena, la ausencia, la nostalgia, el desaliento, alcanzan proporciones de superlativo dolor».

De esta obra, que alcanzó para el glorioso escultor el Primer Premio de Escultura de la Exposición de Madrid de 1881 y también el grado de Caballero de la Orden de Carlos III de España, dice uno de los mayores críticos de arte contemporáneo, el fallecido profesor universitario Dr. Aarón de Lacerda, que es de un realismo de ejecución temperado por un idealismo casi «Winckelmánico»; tan perfecto es este desnudo, definitivo en técnica, cuando, pasado al mármol, después de su regreso a Portugal, en una extrema corrección, que no significa frialdad o inercia, sino el absoluto de la forma y envoltura de un alma que sufre y que nos transmite su



angustia por la actitud de la cabeza, en cuya faz se ahonda el mirar que ve sin ver, o entonces, que nada fija del exterior, en la evocación de la Patria distante, de un distante paisaje delicado o muerto, recortado por este adolescente nostálgico, sentado junto al mar que se agita a sus pies.

Pero es en la estatua del Conde de Ferreira, surgida después de «Saudade» y de «Nuestra Señora de la Victoria», en donde el genio de Soares dos Reis se revela plenamente. Tema sencillo, la notable estatua es todavía hoy una obra maestra de penetrante observación. Al lado de la estatua del Conde de Ferreira puede colocarse el «Busto de la inglesa», plena afirmación de realismo, que no constituye ejemplo aislado o raro en las producciones del escultor, pues lo acompaña una galería de bustos y medallones y otros tantos retratos, muchos de ellos excelentes de ejecución.

En 1881 Soares dos Reis ingresó en la Academia Portuense de Bellas Artes para ocupar el lugar vacante por el fallecimiento de su maestro el escultor Manuel da Fonseca. De las pruebas que entonces presentó para el concurso nos dejó dos notables obras: «Narciso» y «La muerte de Adonis», un bajo relieve muy bello, finísimo de ejecución y originalidad.

En la Academia de Oporto fué Soares dos Reis un verdadero reformador de la enseñanza de la escultura, habiendo su acción didáctica repercutido fuera del propio ambiente escolar para sentarse de un modo general en el medio artístico portugués, todavía muy limitado en aquella época.

Muy joven todavía, a la edad de cuarenta y ocho años, en plena gloria y cuando tanto y tanto había que esperar de su talento, Soares dos Reis encontró la muerte en la desesperación del suicidio, en su propio taller, víctima de su índole melancólica y de su enfermizo y amargo pesimismo.